

FLAMANT, Maurice, *L'inflation*. París. 1973.

Algunos de los lectores de la síntesis que se distribuyó en nuestra Facultad, con el título de *La inflación en México* me sugirieron la conveniencia de hacer otra de algún libro sencillo, reciente y de una gran claridad, con este objeto seleccioné *L'inflation* publicado en 1973 y escrito por Maurice Flamant, profesor de Ciencias Económicas de la Facultad de Derecho de París. Empieza por decirnos nuestro autor que si bien la inflación es un fenómeno muy viejo, el vocablo que le sirve de etiqueta es absolutamente nuevo, no obstante lo cual los economistas nos agobian ahora con su repetido uso. La inflación no es sino un proceso de alza general de precios en el que casi todos suben en diverso grado, otros siguen igual y hasta algunos pocos bajan.

Los precios al mayoreo no evolucionan igual que los precios al menudeo, ni los precios de productos agrícolas como los de productos industriales; además hay algunos precios con papel preponderante que podrían llamarse precios "directores" como el de la carne de primera, el del oro o el del litro de gasolina que son determinantes de los precios de otros muchos artículos.

Dice Maurice Flamant que medir el grado de una inflación es muy difícil porque si con los llamados números índices de precios cambiantes tenemos una idea, debiéramos también considerar que los productos ya conocidos mejoran su calidad y además aparecen otros productos nuevos.

Agrega que toda alza de precios no constituye una inflación sino cuando llega a alcanzar cierta duración.

En cuanto a las causas: en un principio sólo pensó en un crecimiento anormal de la cantidad de dinero circulante, luego se tuvo ya en cuenta el exceso de la demanda de bienes y servicios sobre una oferta inelástica y las últimas corrientes consideran básicos los factores psicológicos y los sociológicos como determinantes en el inicio, desarrollo y pausas en la inflación.

Como este fenómeno se ha generalizado ya en muchos países —dice Flamant— lo que ahora importa es la comparación entre unos y otros y que de ellos los que hayan cometido más errores son los que padecerán una unidad monetaria menos estable.

Haciendo alguna historia de la inflación, nuestro autor se refiere al Edicto de Diocleciano, quien para combatirla (año 301), ya fijó tanto los salarios como los precios; nos recuerda que en el siglo XVI los precios se quintuplicaron en Europa como consecuencia del chorro de oro y plata que llegó de América; se refiere al caso de John Law a quien el regente de Francia, autorizó establecer el Banco Real que hizo enormes emisiones de billetes sin garantía metálica y de curso forzoso que desencadenaron una terrible inflación en el año de 1719. Refiriéndose

a la época moderna, dice que Rusia conoció una terrible inflación en el período de comunismo de guerra 1917-21 derivada de una emisión de rublos-papel de curso forzoso hecha en medio de una desorganización completa y de penuria de la producción industrial y agrícola.

Señala luego la inflación de 1919-23 en Alemania que ha sido la más espectacular de toda la historia económica. Esta inflación se desencadenó al final de la Primera Guerra Mundial, pero al ocuparse el Ruhr en enero de 1923 se precipitó la caída del marco: En enero, el dólar valía ya 18 000 marcos pero en noviembre alcanzó un precio de 4.2 trillones de marcos.

Dice nuestro autor que la época actual es de una inflación generalizada y sin pausa y alcanza a los países más desarrollados, desorganiza relaciones sociales e internacionales y es el problema más inquietante del momento. Agrega que al iniciarse la guerra de Corea parecía que la principal explicación era la falta de elasticidad en la producción, debida a (cuellos de botella) estrangulamientos como: escasez de algunas materias primas, de fuentes de energía, de equipos o de mano de obra especializada, así como también se debía a un mayor poder adquisitivo por el alza de los salarios de los obreros y de los beneficios de los empresarios y especuladores, pero...

Se ha demostrado después que con un crecimiento económico acelerado y con el consiguiente aumento de producción para el consumo ha coexistido el clima inflacionario, de tal manera que Flamant dice que encontraremos ahora dos tipos de inflación: la de la escasez y la de la abundancia.

Añade que esto lo lleva a preguntarse si existe una inflación "aceptable" que por encima de un límite superior sería ya intolerable; respondiéndose afirmativamente y él sitúa este tope en un 3 a 4% anual de aumento en los precios y diciendo que éste sería el precio a pagar para no poner en peligro la ocupación plena o algo cercano a ella que se hubiera alcanzado.

Nuestro autor señala que si la inflación existe en los países socialistas es por el esfuerzo de las autoridades para mantener una tasa elevada de inversión en la industria pesada; pero que como éstas fijan todos los precios, la tendencia inflacionaria no se manifiesta en su alza, sino en la escasez de los artículos, en las largas colas para adquirirlos y en ciertas formas de mercado negro.

Los principales efectos de la inflación son: la distribución del ingreso se altera en beneficio de una pequeña minoría y en perjuicio de una gran mayoría compuesta por pensionados, rentistas y asalariados cuyo poder adquisitivo se reduce; además, la inflación provoca tensiones y luchas entre los diversos grupos sociales, cuyos miembros pelean para defender y si se puede, acrecentar el monto de sus ingresos, es claro que el resultado de estos conflictos intensifica el proceso inflacionario ya que la huelga o el paro reducen la oferta y por su parte el aumento de salarios acrecienta la demanda.

Asimismo, el destino que se da a los diferentes recursos productivos resulta alterado por la inflación, ya que las inversiones se canalizan hacia objetivos de ganancia a corto plazo en los que el alza de precios es mayor y en los que por tanto se intensifica la especulación; de esta manera es como se descuida la producción de lo que podría ser más necesario.

La inflación puede ser desatada por alguno de diversos acontecimientos: Una mala cosecha, una guerra, aumento de salarios por orden del gobierno, expansión del crédito, devaluación monetaria, etcétera.

También puede darse el caso de que la inflación se importe de otro país, lo que puede ocurrir por tres motivos:

- 1º Cuando la maquinaria y las materias primas importadas se encarecen.
- 2º Cuando la demanda de exportaciones se acrecienta rápidamente, por que para producir más se suben los costos y luego los precios de venta y por tanto se aumenta el dinero en circulación.
- 3º Cuando surge una entrada importante de capitales extranjeros que buscan seguridad y que también aumenta el medio circulante.

En general, puede afirmarse que la inflación ocurre por exceso de demanda global, por aumento del costo de producción o por motivos estructurales.

En el primer caso, la demanda excedente choca contra una oferta inelástica a corto plazo y esto empuja los precios hacia arriba; en el segundo caso, los sindicatos de trabajadores presionan y si obtienen aumentos de salarios superiores al aumento de su productividad, las empresas elevan su costo unitario y en consecuencia los precios (puede ser que en algunos casos aprovechen la ocasión para aumentarlos más que proporcionalmente, acrecentando también sus beneficios).

En cuanto al tercer caso, se dice que la inflación es estructural por que obedece a factores consistentes y duraderos; es decir, se debe a las cantidades disponibles de factores productivos y a las proporciones que debe haber entre ellos.

Si no se cuenta con ellas, puede haber carencias que provocan lo que se llama puntos de estrangulamiento.

Así como se afirma que la velocidad de una escuadra es igual a la de su navío más lento, así el posible aumento de la oferta en cada rama de la producción depende del aumento posible del factor más difícil de adquirir, que podría ser según el caso: materias primas, trabajadores calificados, energéticos, divisas, transportes, etcétera.

La explosión demográfica al aumentar el número de individuos jóvenes que no trabajan pero sí consumen constituye un motivo estructural de inflación permanente mientras no se aplique una política demográfica adecuada.

Una variante del tercer caso consiste en que la inflación se alimenta con los conflictos de los grupos antagonicos; atizar esta lucha se traduce en intensificar el clima inflacionario. Cada sector lucha por su mejoramiento a través de ondas de elevación de precios que provocan otras nuevas, integrando un ingreso nacional incompatible con el volumen de la producción y que acaba por provocar la espiral de salarios-precios en que desemboca la lucha por el reparto del ingreso nacional.

Una vez desatada la inflación por la causa que sea —dice Flamant— que ya no es posible distinguir su causa principal y las circunstancias secundarias pues como nos encontramos ante un proceso acumulativo, pueden llegar a ser éstas últimas las más importantes. La inflación se auto alimenta y continúa desarrollándose aunque haya desaparecido su causa principal que fue sustituida por factores que ella misma hizo aparecer.

Nuestro autor se refiere finalmente a la lucha contra la inflación y desde luego, rechaza el procedimiento consistente en la escala móvil de salarios que se parece al mito de la roca de Sisifo ya que mantiene y estimula la inflación, sirviendo sobre todo a los intereses de las grandes empresas oligopólicas que se pueden administrar sus precios y siendo evidentemente una mala defensa para los trabajadores.

Apunta como remedios posibles: La fijación de precios por el Estado, el ra-

cionamiento, la fijación oficial de los salarios, el rigor en el ejercicio del presupuesto estatal y el control de cambios.

Dice que el control oficial de los precios acarrea el mercado negro y afirma que si es moderado es ineficaz y que si es enérgico desanima la producción; el racionamiento, a su vez, es contrario a la libertad. Señala que podrían hacerse importaciones de "choque" para abaratar los precios y esto podría ser un complemento útil.

A propósito, afirma que si un país no puede importar las mercancías que le servirían para combatir los precios interiores, sufrirá inevitablemente las consecuencias de una inflación crónica y dice que precisamente eso es lo que ocurre a los países de la América Latina.

Refiriéndose a la política presupuestal, agrega que por la forma de hacerse la recaudación de impuestos y luego la de hacerse los gastos públicos, puede reducirse la demanda global procurándose no deprimir la producción.

Sin darnos una explicación, afirma que la aspiración de pretender que paguen mucho más los ricos, resulta inconsistente en período de inflación y que en general los tributos agobiantes para los ricos y benévolos para los pobres no han dejado nunca de ser un mito.

En cuanto a la política monetaria para combatir la inflación, Flamant señala que las autoridades pueden intentar regular el volumen del dinero en circulación y la distribución, volumen y costo del crédito, así como también la fijación variable de las reservas obligatorias aplicables a los bancos de depósito.

Flamant agrega el siguiente comentario que considero interesante y de actualidad para México, con relación al Fondo de Fomento y Garantía para el Consumo de los Trabajadores, que se aprobó últimamente a fin de que puedan adquirir bienes de consumo duraderos y no duraderos. Dice Flamant que: "La restricción del estímulo a las compras a plazos de bienes duraderos, es punto de coincidencia de todas las políticas anti-inflacionistas". Lo cito porque parece que nuestro gobierno no coincide con este punto de vista que parece ser general en el extranjero.

Finalmente nuestro autor afirma que debido al carácter internacional de la inflación y a su rápido contagio, considera necesario para combatirla, una acción concertada entre las grandes naciones.

Concretamente argumenta que cuando miles de millones de dólares pueden precipitarse en pocos días dentro de un país o huir a otro, sólo una acción común internacional puede aliviar las consecuencias nocivas de estos hechos. Para el efecto, cita el caso de que el 4 de mayo de 1971, entraron en Alemania Federal 800 millones de dólares y al día siguiente en los primeros 40 minutos entraron otros mil millones, por lo que las autoridades decidieron cerrar el cambio de divisas y lo mismo hicieron Holanda, Bélgica y Suiza.

La conclusión de nuestro autor es que la lucha contra la inflación es impopular y pone al jefe del gobierno ante un problema político tan delicado como lo es siempre que en un régimen de democracia se trate de hacer prevalecer el bien general contra los intereses privados. Agrega por último una frase que transcribo: "La economía de nuestro fin de siglo pide un verdadero contrato social, un acuerdo para consentir ciertos sacrificios a fin de rescatar la estabilidad monetaria, este bien económico precioso y hoy perdido. Sólo con esta condición podrá ser dominado un mal vergonzoso que se ha intentado vencer aunque hasta el presente no se ha logrado".

Como puede verse, Maurice Flamant, sin ser pesimista, reconoce que el mal es

muy grave y acepta que los remedios empleados hasta ahora no han sido muy eficaces y no pueden juzgarse sino como simples paliativos; sin embargo, no es escéptico y continúa buscando soluciones y apunta una al hablar de un contrato social, para combatir la inflación; si la receta fuera buena y puede serlo así, la opinión de los presentes y futuros abogados sería en este asunto un concurso valioso y por esta razón he querido ofrecer esta síntesis a profesores y alumnos de nuestra Facultad de Derecho.

Hugo RANGEL COUTO